

dolor físico que se le causara, que por la idea de que cinco niños, que eran tal vez muy de su agrado, sin razón alguna, se habían puesto de acuerdo para molestarle y hacerle sufrir.

Hoy ni siquiera puedo explicarme la crueldad de mi acción. Por qué aquel día no me acerqué á él, por qué no le defendí, por qué no le consolé? Donde se escondió en aquellos momentos el hondo sentimiento de compasión que me hacía llorar con las más ardientes lágrimas á la sola contemplación de un pajarito que se caía del nido, ó al ver que pegaban á un perro, ó bien á la sola idea de que iban á matar una gallina para hacer el caldo?

Tan buenos sentimientos estaban acaso entonces dominados por mi estimación hacia Serioja y por el deseo de parecer, en su presencia, tan valiente como él mismo?... Lo cierto es que esa estimación y ese deseo de parecer valiente no eran en el fondo cosa muy envidiable—y ellos constituyen la sola mancha negra que he podido hallar en las páginas de mis recuerdos infantiles.



## XX

### La llegada de los invitados

A juzgar por la agitación extraordinaria que reinaba en todas las dependencias de la casa y por la iluminación espléndida que daba cierto aire de novedad y de fiesta á los objetos y muebles del salón y de la sala grande, que desde hacía tiempo conocía bien, y por el hecho además de que el príncipe Ivan Ivanovitch había enviado sus músicos, no cabía duda de que un gran número de invitados eran esperados aquella noche.

Al rumor de cada uno de los coches que se paraban delante de casa, yo corría á la ventana, y apoyando mis manos entre mis sienes y los cristales para ver mejor, con curiosidad impaciente miraba á la calle. La oscuridad impedía de buenas á primeras distinguir los objetos exteriores; pero poco á poco se iban dibujando: en frente había una tienda que yo de antiguo conocía, con su gran linterna; al lado una gran casa, con dos de sus ventanas del piso bajo iluminadas; en medio de la calle un infeliz cochero guiando un carruaje con varios viajeros, ó bien sin ninguno, ya de vuelta á casa; de pronto se pára un coche ante el portal, y yo, plenamente convencido de que eran los Ivine—pues prometieron venir temprano—corro á su encuentro hasta la antecámara; pero en vez de los Ivine, aparecen, tras el criado que abre la puerta, dos personas del sexo femenino: una muy alta, envuelta en una especie de manto azul con cuello de cibelina; la otra pequeñita, toda ella cubierta



por un chal de color verde que apenas si deja ver unos pequeñísimos pies calzados con botines forrados de piel. Sin prestar la menor atención á mi presencia en la antecámara, aunque, al ver que se acercaban esas damas creí deber mío saludarlas, la pequeña sin decir nada se paró ante la mayor y ésta desató el pañolón que cubría por completo la cabeza de la pequeñuela, se desabrochó el



manto, y cuando el lacayo se hubo hecho cargo de todos esos objetos para guardarlos convenientemente y hubo además quitado los forrados botines de los pies de aquella personilla, apareció en todo su esplendor una encantadora niña de doce años, con un gracioso vestido de muselina, escotado, con pantalones blancos, que le salían un poquitín por debajo de la corta falda y unos elegantes zapatitos negros. En el delgaducho y blanquísimo cuello llevaba una cinta de terciopelo negra; llevaba el pelo rizado, y sus bucles de un castaño oscuro le iban tan magníficamente en su rostro encantador y sobre sus desnudos hombros, que nadie, ni aún

Karl Ivanovitch, me hubiera hecho creer que los tenía así rizados por haberlos llevado todo el santo día envueltos en pequeños trozos de la *Gaceta de Moscova* y porque se los alisaran luego con un hierro caliente. Yo jurara que aquella niña había nacido así, con su cabecita perfectamente rizada.

El rasgo más notable de su fisonomía, era el grandor extraordinario de sus ojos salientes, medio cerrados, que formaban un contraste agradabilísimo con su pequenina boca. Tenía casi siempre apretados los labios y su mirada era tan seria que la expresión general del rostro nunca hacía esperar la sonrisa, lo cual hacía lo aun más encantador.

Tratando de que no se fijase nadie en mí, iba hasta la gran sala y volvía de ella, fingiendo aires de honda preocupación y cómo sin percatarme siquiera de la llegada de los invitados. Cuando hubieron

llegado las visitantes al centro de la sala, me hice el encontradizo con ellas y después de grandes reverencias, que traté fuesen lo más elegantes posible, les hice saber que mi abuela se hallaba en el salón. La señora Valakhina, cuyo rostro me gustó extraordinariamente por parecerse mucho al de su hija Sonitchka, me contestó con un amabilísimo movimiento de cabeza.

Mi abuela pareció muy contenta de ver á Sonitchka, hizo que se le acercara, le echó atrás uno de los bucles que le caía sobre la frente, y dijo en francés mirándola fijamente: «Qué hermosa niña!» —Sonitchka se sonrió y el carmín pintó sus mejillas, pareciéndome en aquel momento tan encantadora que yo me sentí ruborizado también al mirarla.

—Espero que no te aburrirás en mi casa, amiguita mía!...—dijo mi abuela mientras le acariciaba la barbilla. —Diviértete y baila lo más que puedas. Ya tenemos aquí una dama y dos caballeros—añadió dirigiéndose á la señora Valakhina, y tocándome á mí con la mano.

Me pareció esta especie de *aparejamiento* tan agradable que otra vez me ruboricé.

Sintiendo que mi timidez aumentaba todavía, al oír que se paraba delante de casa otro coche, creí buena ocasión para alejarme del grupo. En la antesala me encontré con la princesa Kornakhova acompañada de su hijo y de un número incalculable de niñas. Las niñas tenían todas el mismo rostro, se parecían extraordinariamente á la princesa y eran muy feas, sin lograr atraer por ningún concepto la atención, mientras se quitaban sus abrigos, hablando todas á un tiempo y riendo estruendosamente, no sé por qué... quizás por verse tan numerosas. Esteban era un muchacho de unos quince años, de elevada estatura y muy robusto, pero su rostro tenía una grande expresión de fatiga, con unos ojos hundidos y rodeados por una pequeña franja amoratada; sus pies y sus manos eran enormes teniendo en cuenta su edad. Era desgarrado, y tenía una voz desagradable y desigual, mas parecía estar muy contento de sí mismo, y yo le tuve por tal y cómo debía ser un muchacho á quien se educa é instruye á latigazos.

Permanecimos bastante rato, el uno junto al otro, de pie, considerándonos mutua y atentamente sin decirnos palabra. Luego nos acercamos como para besarnos el uno al otro, pero mirándonos siempre en los ojos nos paramos... y reflexionamos. Cuando hubieron todas sus hermanas desfilado por delante de nosotros riéndose todavía, para empezar la conversación le pregunté si no sería estrecho el carruaje para tanta gente como eran.



—No lo sé—me contestó desgarbadamente, —pues yo no voy nunca en el interior, me marea enseguida, y como ya mamá lo sabe, siempre que salimos por la noche, me subo al pescante; es mucho más divertido, se ve todo desde allá arriba. Felipe me deja guiar y hasta algunas veces tomo el látigo. Entonces, más de uno de los que van á pie... ya me entendéis!—añadió haciendo un gesto por demás expresivo, como si pegase á alguien.—Es muy divertido!

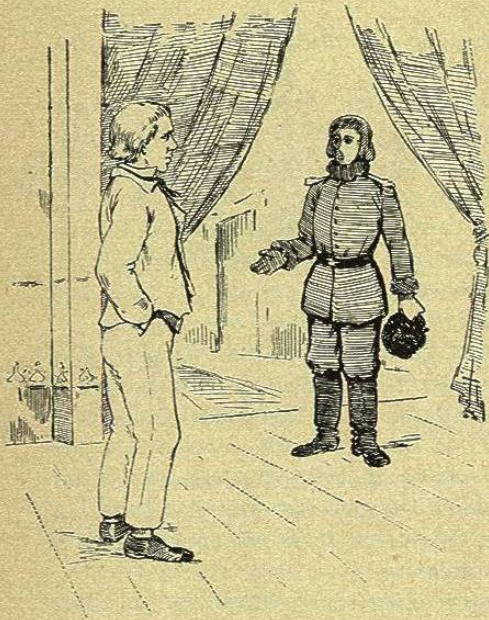
—Excelencia—dijo un lacayo entrando en la antecámara—Felipe pregunta dónde habéis puesto el látigo.

—Cómo, que dónde lo he dejado!... Se lo he devuelto.

—Dice Felipe que no se lo habéis devuelto.

—Entonces, es que lo habré dejado colgado en el farol.

—Felipe dice que no está tampoco... Decid mejor que lo habéis perdido... Mas ahora el pobre se verá obligado á pagar con su dinero vuestras bromas y vuestros descuidos,—continuó el lacayo animándose cada vez y más irritado.



Este lacayo, que tenía todo el aspecto de un hombre respetable y serio, parecía tomar con mucho calor el partido de Felipe, queriendo á toda costa poner en claro este asunto. Por un espontáneo rasgo de delicadeza, fingiendo que de nada me había enterado, me separé disimuladamente un poco; pero los criados que se encontraban por allí obraron de muy distinto modo: se aproximaron todos al grupo y parecían aprobar lo que hablaba el viejo lacayo.

—Bueno, bueno; si se perdió el látigo, perdido está—dijo Esteban como para evitar más precisas explicaciones.—yo le pagaré el látigo á Felipe! Es divertido...—añadió acercándose á mí y tomando mi brazo para dirigirse al salón.

—No, hacedme la gracia, señor... Y con qué pagaréis el látigo?

Ya sé yo cómo es el pagar vuestro: hace ocho meses que habláis de pagar á María Vasilievna sus veinte kopeks y aun no lo habéis hecho; á mí mismo hace ya dos años que me debéis... y también á Petruchka...

—Quieres callarte?—gritó el joven príncipe palideciendo de cólera.—Lo contaré todo...

—Lo contaré, lo contaré!—interrumpió el viejo—eso no está bien, Excelencia...—añadió con energía el criado mientras dejaba los abrigos de aquel enjambre de niñas sobre un banco.

—Es verdad, es verdad!—oímos que decían varias voces al tiempo que entrábamos nosotros en el salón.

Mi abuela tenía el extraordinario talento de expresar su opinión sobre las gentes pronunciando de cierto modo y en ciertos casos el *tú* y el *vos*, aunque empleando casi siempre esos tratamientos de modo inverso de cómo se usan generalmente, tomando en su boca los matices que sabía imprimirles una significación absolutamente original y especialísima.

Cuando el joven príncipe se acercó á mi abuela, ella empezó á hablarle empleando el *vos* y mirándole con expresión de tan profundo menosprecio que yo en su lugar no hubiera sabido dónde esconderme; pero Esteban era con toda evidencia muchacho de otros *temples*: no tan sólo dejó de dar la menor importancia á la acogida que le hacía mi abuela, sino que con el mayor aplomo, y aún con cierta agradable desenvoltura, saludó á la noble anciana y á todos los demás presentes. Sonitchka absorbía toda mi atención; recuerdo que mientras Volodia, Esteban y yo estábamos hablando en sitio de la sala desde donde se podía ver á la preciosísima niña, y ella vernos y oírnos también, yo conversaba con inmenso placer y siempre que se me ocurría alguna frase que juzgaba digna de ser escuchada, pronunciábala levantando la voz y mirando hacia la puerta del salón; pero cuando nos hallábamos en algún sitio donde no pudiésemos ser vistos por ella, entonces me callaba y no hallaba gusto en la conversación.

Poco á poco, el salón y la gran sala llenáronse de invitados. Entre éstos, como sucede siempre en las fiestas y bailes infantiles, había no pocas personas mayores—niños grandes—que no quisieron perder la ocasión de divertirse y de bailar, bajo el pretexto de que así daban gusto á la dueña de la casa.

Al llegar los Ivine, en lugar del inmenso placer que causaba siempre en mí la presencia de Serioja, sentí contra él un muy extraño despecho, porque iba á ver á Sonitchka y á ser visto por ella.





## XXI

### Antes de la mazurka

Ah! baile tenemos... parece que se va á bailar aquí esta noche, —dijo Serioja al volver del salón y sacando del bolsillo sus guantes de piel, enteramente nuevos.—Es cosa de meternos los guantes.

«Qué hacer? Nosotros no tenemos guantes, pensé. Es preciso que suba á buscarme unos».

Pero, por más que revolví todas las cómodas y todos los armarios, no encontré sino nuestros guantes de viaje, de lana verde y en un rincón un guante de piel que no podía servirme de nada, en primer lugar por muy viejo y muy sucio, y luego porque era demasiado grande, sin contar que le faltaba el dedo de enmedio, que Karl Ivanovitch había cortado hacía ya tiempo en ocasión en que tuvo no se qué en una mano. Pero, contra todos los pesares, endosé el famoso guante y me quedé mirando fijamente el dedo mediano, que surgía del guante atrozmente manchado de tinta.

«Ah! si estuviese aquí Natalia Savichna, con seguridad que ella sabría hallarme unos guantes... Yo no puedo bajar así, pues si me preguntan porque no bailo, qué voy á contestar? Y, sin embargo, tampoco puedo no ir, pues será notada mi ausencia. Qué hacer?» dije en voz alta agitando con desesperación los brazos.

—Qué haces ahí?—me preguntó Volodia, que entraba corrien-

do.—Ven enseguida, pues has de sacar á bailar... La danza empieza ahora mismo.

—Volodia—hice yo entonces con voz casi tétrica, mientras mostraba á Volodia mi mano llevando puesto el desastrado guante.—Volodia, pero tú no has pensado?...

—En qué?—dijo con marcada impaciencia.—Ah! en los guantes?—añadió con tono indiferente mirando mi mano.—Es verdad, no los tenemos; es preciso decírselo á nuestra abuela, á ver qué piensa de esto... —Y sin reflexionar lo más mínimo se precipitó escalera abajo.

La sangre fría que demostró en trance como éste, el cual juzgaba yo de gran trascendencia, me tranquilizó del todo, y me apresuré á bajar al salón, sin acordarme del horrible guante que llevaba todavía puesto en la mano derecha. Me acerqué con cierto disimulo al sillón de mi abuela y tocando suavemente su brazo, le dije en voz baja:

—Abuela! no tenemos guantes, qué hacemos?

—Qué dices, niño?

—Que no tenemos guantes,—repetí acercándome más y poniendo mis dos manos sobre los brazos del sillón.

—Pues, esto qué es?—dijo mi abuela cogiéndome súbitamente la mano derecha; y hablando en francés continuó, dirigiéndose á la señora Valakhina:—Ved, querida, ved cuán elegante se ha puesto este niño para danzar con vuestra hija.

Mi abuela me apretaba fuertemente la mano, y con cierta gravedad miraba á los invitados como pidiéndoles su parecer por mi proeza, hasta que, satisfecha la curiosidad de todos ellos, estalló una risotada general.

Gran pesar me hubiese producido que Serioja me viera en aquel momento, descompuesto por la vergüenza y tratando en vano de escaparme, pero delante de Sonitchka que se reía hasta saltársele las lágrimas y cuyos bucles danzaban entorno de su rostro encendido por la risa, no me sentí ni un punto avergonzado. Comprendí que era su risa franca y natural, que no había en ella el menor asomo de burla; por el contrario, el hecho de haber reído juntos, mirándonos el uno al otro en los ojos, parecióme que me acercaba





más á ella. La aventura del guante, que pudo acabar mal, me proporcionó la ventaja de familiarizarme con una sociedad, la sociedad de los salones, que me había causado siempre cierto espanto; desde aquel punto ya no me sentí tan encogido y tímido entre nuestros invitados.

El sufrimiento que la timidez produce viene siempre de que ignoramos la opinión que de nosotros se formaron los demás; en cuanto esta opinión se ha expresado claramente, cualquiera que sea, se acaba el padecer.

Estaba Sonitchka encantadora bailando conmigo la cuadrilla francesa, teniendo por pareja contraria al joven príncipe tan desgachado! Y con qué gentileza me sonreía cuando, en la cadena, me tendía graciosamente la mano! Era un encanto ver cómo sus rizados bucles, saltando en su cabeza, seguían el compás, con no menos precisión que sus graciosísimos pies. En la quinta figura, cuando mi pareja atravesó y se quedó al otro lado, y yo, guardando el compás me quedé bailando solo, Sonitchka contrajo con cierta gravedad los labios, como temiendo que yo no me saliese airosamente del paso; mas fué su temor vano, pues marqué los compases é hice las figuras con la más exacta precisión, y al acercarme otra vez á ella le presenté elegantemente la mano en que llevaba puesto el horrible guante, á cuya vista rompió en la más fresca y alegre de las risas, desliziéndose sus pies con una gracia y una ligereza inmensas... Recuerdo todavía que al danzar cogidos todos de la mano, la preciosa niña inclinó la cabeza, y sin desasir su mano de la mía, con sus dedos finamente enguantados se rascó con inmensa gracia la punta de la nariz... Todo esto lo recuerdo como si lo tuviese delante de los ojos, y aún me parece que oigo todavía los acordes de la cuadrilla que bailamos juntos y en cuyos cortísimos instantes me sentí intensamente vivir.

Luego vino la segunda contradanza, que bailé también con Sonitchka. Al hallarme á su lado, tan juntito á ella, me quedé tan profundamente turbado que no supe qué decir. Cuando ya me pareció que mi silencio duraba demasiado, temiendo que me pudiese la niña tomar por un imbécil, me decidí á sacarla, costase lo que costase, de un semejante error. «Habitáis acaso en Moscova?» le pregunté en francés, y habiendo obtenido respuesta afirmativa, continué diciendo: «Pues yo no he frecuentado mucho la capital», contando con que haría gran efecto el verbo *frecuentar*. Comprendí, sin embargo, que la conversación, á pesar de tan brillantes comienzos, que mostraban con toda evidencia mis grandes conocimientos de la lengua francesa, no podría continuar en tan elevado

tono... Nuestra vez para tomar parte en la danza no se acercaba aun, y se estableció entre nosotros de nuevo el silencio; yo me la miraba con cierta recelosa inquietud, deseando descubrir la impresión que le causara, y esperaba que ella viniese en mi ayuda:—«Dónde habéis hallado tan horrible guante?» de pronto me preguntó, haciéndome inmenso placer con su pregunta. Y le expliqué que era un guante de Karl Ivanovitch y hasta me extendí, esforzándome en ser irónico, sobre la persona de nuestro preceptor, diciéndole lo ridículo que aparece cuando se quita el gorro encarnado y lo que nos reímos cuando un día se cayó de caballo, con su casacón verde, yendo á parar precisamente en medio de una gran charca... La danza fué desliziéndose con todo esto perfectamente, casi sin sentirlo; pero, por qué había yo hablado con ironía de Karl Ivanovitch? Hubiera acaso desmerecido á los ojos de Sonitchka hablándole de mi maestro con todo el respeto y toda la estimación que en realidad sentía por él?

Cuando hubo terminado la contradanza, Sonitchka me dió las gracias con tanta gentileza como si en efecto hubiese yo merecido de veras su reconocimiento... Estaba entusiasmado. No cabía en mí de contento, y no acertaba á explicarme donde hubiese podido adquirir aquella osadía y aquella seguridad de mí mismo. «Nada puede ya intimidarme!» pensé mientras daba algunas vueltas por la sala aparentando aires de hombre satisfecho: «Ahora sí que estoy dispuesto á todo!»

Serioja me propuso que la otra cuadrilla la bailásemos juntos: «Muy bien, le dije; no tengo pareja, mas ya la encontraré». Eché una mirada por el salón y ví que todas las bailadoras estaban ya invitadas, menos una señorita, de elevado talle, que estaba de pie junto á la puerta de la sala y hacia la cual avanzaba un joven con la intención, al parecer, de sacarla á bailar... Yo me hallaba al otro extremo del salón, y, sin detenerme á pensar en ello, me deslicé





corriendo lo más graciosamente que pude, y en menos que lo digo llegué junto á la señorita, le hice una reverencia y con voz resuelta la invité á bailar conmigo la próxima cuadrilla... y ella, sonriéndose con amable benevolencia, me tendió la mano y el joven caballero que la iba también á invitar se quedó sin pareja.

Tuve en aquellos momentos tan clara conciencia de mi fuerza, que no presté la más pequeña atención al despecho del joven; luego, sin embargo, supe que preguntó quién era aquel niño desenvuelto que le había quitado la pareja en sus propias barbas.



## XXII

### La mazurka

EL joven caballero á quien yo había quitado anteriormente la pareja, bailaba ahora la mazurka en primera fila; y en vez de ejecutar el «paso» que nos había enseñado Mimi, se lanzó de su sitio llevando á su pareja cogida de la mano, corrió simplemente hacia adelante, y al llegar á uno de los ángulos del salón, se detuvo, separó los pies, picó con el talón el suelo, se volvió y corriendo á saltitos fuése todavía más lejos.

Como yo no bailaba entonces, me senté detrás del sillón de mi abuela, y observé.

«Qué es lo que hace? pensé. No es así cómo nos lo enseñó Mimi, diciéndonos que todo el mundo bailaba la mazurka sobre la punta de los pies, haciendo el paso resbalado, y he aquí que este la baila de muy otro modo. Los Ivine, el mismo Esteban... ninguno de los que danzan ejecuta el «paso» que nos enseñó Mimi... y aún Volodia ha adoptado la nueva manera... La verdad es que resulta muy elegante... Sonitchka está encantadora... y qué bien baila!»  
—Era en aquellos momentos perfectamente feliz.

La mazurka se acababa; algunas personas se acercaban ya á mi abuela para despedirse de ella y retirarse; los lacayos, procurando no chocar con los bailarines, iban llevando con mil precauciones los cubiertos y los manjares á las salitas más apartadas; y mi